

ra. En la provincia de Quebec, más del 80 por ciento de la población tienen el francés como primer o único idioma. En términos generales, una quinta parte de la población canadiense no tiene otro idioma que el francés. Así pues, desde hace ya muchas generaciones se ha extendido la creencia de que el país sólo podía construirse sobre una base de libertad e igualdad entre los dos grupos lingüísticos importantes y una multitud de culturas.

Exito - pero con cambios

Estoy seguro de que se puede hacer. Y les digo esto con toda la certeza de que soy capaz: la unidad canadiense no se romperá. Habrá que hacer arreglos; efectuaremos las revisiones necesarias. Triunfaremos.

Tendremos que introducir cambios en nuestras actitudes; deberemos mostrar una mayor comprensión a través de la barrera que representa la diferencia de idiomas. Los anglófonos, así como los francófonos, deberán tener una mayor conciencia de la riqueza que representa la diversidad y mostrarse menos irritados por los problemas que presenta. Quizás tengamos que enmendar algunos aspectos de nuestra constitución, para que seis millones y medio de canadienses francófonos puedan considerar la federación canadiense como la piedra angular que les proteja de la asimilación por parte de 220 millones de anglófonos norteamericanos.

Estas mismas cifras ilustran de modo elocuente la sensación de inseguridad del francófono canadiense. Pero la separación no alteraría la verdad aritmética: simplemente la resaltaría.

La separación de Quebec tampoco contribuiría en medida alguna a la confianza de los diversos grupos culturales de orígenes diversos que habitan en todo el país. Durante muchas décadas estas comunidades han sido alentadas a que retengan su propia identidad y preserven su cultura; lo han hecho así y han florecido, y en ningún otro lugar de forma más espectacular que en

las provincias de Alberta, Saskatchewan y Manitoba. La separación brusca de Quebec significaría el trágico fracaso de nuestro sueño pluralístico, la ruptura de nuestro mosaico cultural y, probablemente, eliminaría el tesón de muchos canadienses para proteger sus minorías culturales.

Problemas de tal magnitud no pueden solventarse por encanto. Sin embargo, pueden resolverse por medio de las instituciones que hemos creado para nuestro propio gobierno, y estas instituciones pertenecen a todos los canadienses, a mí como oriundo de Quebec y a mis conciudadanos de las otras provincias. Y como quiera que estas instituciones están estructuradas democráticamente, debido a que sus miembros son libremente elegidos, son capaces de reflejar los cambios que responden a la voluntad popular.

Tengo confianza de que en Canadá estamos en camino seguro de conseguir una sociedad tan libre de prejuicios y de temor, tan llena de comprensión y generosidad, tan respetuosa de la individualidad y la belleza, tan receptiva al cambio y a la innovación como la que pueda existir en cualquier otra parte. Nuestra nación es la confluencia de dos de las culturas más importantes de la civilización occidental, a las cuales se añaden otras muchas variedades.

La mayoría de los canadienses entienden que la ruptura de su país representaría una aberración de las normas que ellos mismos se han impuesto, un crimen contra la historia de la humanidad, ya que soy lo suficientemente inmodesto para sugerir que el fracaso de este experimento social canadiense, siempre variado y a menudo ilustre, llenaría de estupor a todos aquellos que en todo el mundo están consagrados a la idea de que uno de los quehaceres más nobles de la raza humana se da en aquellas comunidades donde viven, aman, trabajan y encuentran mutuo beneficio seres de origen tan diverso.